

ACCION Y PASION DEL PADRE ALEJANDRO

El padre Alejandro Vollmann, benedictino, párroco de la abadía de San José en Caracas, compañero entusiasta, hermano de luchas y esperanzas, se nos fue a la casa del Padre, tras una enfermedad repetitiva y fulgurante, a la temprana edad de 39 años.

Compleción fuerte, rostro y gesto vivaces, efusivo, rubicundo, era Alejandro la viva imagen de la salud. Una vida desbordante que había encontrado su cauce y se derramaba íntegra y gozosa. Y su cauce era el pueblo venezolano, ese pueblo tradicional de San José y de las zonas vecinas, y de entre ellos los más pobres. Ellos eran para Alejandro su madre y sus hermanos, su nueva familia, por quienes trabajaba, pero sobre todo con quienes vivía, sufría y gozaba, a quienes quería entrañablemente y por quienes era igualmente querido. Su vida era vertiginosa (como premioso su hablar acriollado), pero en cualquier contacto era siempre una persona, nunca un funcionario; por eso, recordando su eficacia, tenemos más presente aún su cálida presencia que creaba comunicación.

Se dedicó, con sus compañeros, a la catequesis; supo buscar catequistas, alentarlas y ayudarlas a formarse; creó una red bien montada que atiende a la mayor parte de la población infantil y adolescente de la zona. También con sus compañeros, puso gran empeño en renovar la pastoral parroquial; creyendo en la intuición religiosa popular, se esforzó en mantener un diálogo creativo de modo que parte de lo viejo se mantuviera renovado y pudieran ir naciendo expresiones nuevas. Y se metió de lleno en los barrios de la zona, visitó incansablemente, sintió como suyos los problemas de la gente y puso todo su empeño en mantener su esperanza. Sobre todo en el problema de los desalojos. Ahí se jugó completamente y traspasó los límites del orden establecido, incluso del eclesiástico, impulsado únicamente por el amor al prójimo que a su juicio (ceteramente

evangélico) debía prevalecer sobre las conveniencias del gobierno y las presiones de los negociantes inmobiliarios.

Estaba en la barrera de su trabajo, en vísperas posiblemente de experimentar las consecuencias de su opción preferencial por los pobres, cuando el Señor lo llamó a un combate más a fondo: el de pasar de la acción a la pasión, de la evangelización al pueblo y las disputas con los fariseos a la agnía del Huerto. Y por eso antes de marchar a la operación, como Jesús, oró al Padre: "Hasta ahora he sentido la vida en mis manos. Ahora se me escapa todo (...) Sé tú mi seguridad. Apóyame. Confío en ti, Dios mío".

Se nos fue un compañero. Sentimos su ausencia. Como somos pocos, sentimos también el hueco que deja. Tenemos confianza en que su semilla será fecunda. La solidaridad mostrada por el pueblo en la parroquia es prenda de que deja muchos hermanos que seguirán el camino.

TACOA

Los venezolanos somos extraordinarios en situaciones de emergencia. El desgaste de la vida diaria parece alejarnos, pero en momentos donde el dolor es intenso vibramos al unísono. Así lo ha demostrado el pesar sincero y profundo que a todos nos ha invadido, la solidaridad generosa con los afectados más directamente por la tragedia y la capacidad de racionarnos el consumo de electricidad, incluso fuera de Caracas, en momentos en que todo invitaba al bonche y al despilfarro.

Pero para muchas personas la emergencia va a durar mucho tiempo. Y existe el peligro de que después de unas semanas olvidemos por completo a los que hoy tanto compadecemos.

Centenares de personas han quedado sin casa. Y como bien sabemos, conseguir una casa supone a veces endeudarse por toda una vida. Allí quedaron muebles y detalles cuya adquisición ha supuesto también trabajos y sacrificios por varios años. Todo eso se

ha perdido en segundos. Para muchos esto supone recomenzar de cero, y sin el entusiasmo de la primera vez, una vida hecha cenizas en un instante.

Por respeto a los muertos, por respeto a sus deudos, por respeto a nosotros mismos, no debemos consentir que los damnificados de Tacoa pasen a engrosar la innumerable legión de quienes año tras año son acarreados a lugares lejanos, inhóspitos e inhumanos.

Ellos tienen derecho a una nueva casa parecida o mejor que la anterior, en un lugar próximo y construida con rapidez. El dinero existe ya (Seguros de la Electricidad de Caracas) y no hay que permitir que ningún vivo se lo embolse o lo canalice a alguna campaña electoral.

Esperamos que los medios de comunicación, como homenaje póstumo a sus compañeros caídos en el cumplimiento del deber, no olviden a las otras víctimas pasada la emergencia, nos mantengan informados de su suerte y presionen para que no tarde en hacerse justicia.

A los muertos no los podemos resucitar. Al menos no mates a los que quedan vivos.

ITAN CALLANDO..!

Dicen que la muerte no tiene nombre, ni rostro, ni señales de identidad. Dicen que llega como el polvo, como las tormentas de la sabana. Sobre Arrecifes vino disfrazada de incendio... itan callando..!

Hasta ahora muchos creíamos que Caracas era una ciudad displicente y áspera donde vivíamos tres millones de egoístas neuróticos del tráfico y de la viveza. La tragedia de Tacoa, por el contrario, ha demostrado que en la capital venezolana todavía hay amor y personas sensibles a la solidaridad. No cabe la menor duda de que el día 19 de diciembre creció el cariño en la ciudad. Tacoa nos enseñó a querernos más.

Sin embargo... sin embargo sería preferible no tener que

apelar a desgracias colectivas para comprobar que tendemos la mano a quien se quema el corazón. Ni referirnos a inundaciones, incendios o caídas de aviones para medir el calor humano. Es mejor adoptar pruebas más cotidianas, más positivas.

Por ejemplo: ¿por qué no pulsar nuestra capacidad de respuesta, de sensibilidad humanitaria y de convivencia cívica mediante la cortesía, la limpieza de los lugares comunitarios, el acatamiento de las normas viales y el mejoramiento de los servicios administrativos? A veces tenemos dudas y pensamos que sólo reaccionamos ante hecatombes como si sólo ante las desgracias supiéramos desbordar nuestros sentimientos fraternales. Tenemos dudas, digo, porque si en Caracas hubiera amor, solidaridad y responsabilidad no veríamos con indiferencia las enormes colas de pacientes en los Hospitales del Seguro, ni estarían tan hediondos los baños públicos. Nos dolerían las víctimas del paro obrero, los muchachitos sin escuela y los ancianos jubilados con exangües pensiones. Tenemos dudas... porque si en Caracas hubiera amor y solidaridad no hubiera habido que esperar a que murieran 40 bomberos para arrojar sobre sus féretros las guiraldas de todas las floristerías por donde pasó el cortejo. Si hubiera amor y solidaridad habría menos miseria común, menos despilfarro de energía y, por supuesto, no resultaría tan fácil, tan inocuo y tan cívico pasar por encima de Tacoa rumbo a las playas de Aruba, Miami o Sain-Martin para solear allí la Navidad.

Hemos enterrado a los muertos. Les hemos tributado misas, lágrimas y flores. Ojalá que el dolor asumido durante unos días se transforme en vocación de convivencia fraterna, en solidaridad cariñosa, al menos, en cortesía urbana. Sería el momento más humano dedicado a las víctimas hermanas de Tacoa.

Durante los últimos meses de 1982 los partidos políticos venezolanos comenzaron a engrasar la maquinaria electoral. Fue el primer ensayo de la sinfonía que interpretarán ante el país a lo largo de 1983. ¿Será prematuro proclamar que por lo visto y oído va a ser una campaña en la que el pueblo se sentirá distante, no aludido ni referido? Una campaña de impactos y efectismos, una pelea de agencias publicitarias, algo así como si se tratara de vender un detergente.

Los venezolanos constatamos que la situación se enrarece cada día. Sabemos, es verdad, que no podemos añorar los espejismos de una "edad dorada" porque en nuestra historia cualquier tiempo pasado fue peor. Fue peor pero nunca faltó el espíritu de brega, la ilusión y la esperanza. Sin embargo lo que se detecta ahora en nuestro pueblo es desencanto, pérdida de rumbo.

Por supuesto que no todo lo nocivo y calamitoso de esta coyuntura hay que atribuírselo a los políticos. Pero sí resulta en cambio estridente su despiste, deserción y lejanía del país. Los partidos no asumen los sentimientos nacionales ni recogen los coletazos y marejadas que perturban el paso histórico del pueblo. El venezolano que abre ahora la Agenda-1983 ojea sus páginas con sensación arenosa en la pupila. No sabe si lo que viene es nubla-zón o más bien que se está hundiendo el suelo que pisa. Ignora si tanto polvo levantado y tanto olor a profecía delatan tierra quemada o desintegración. Y cuando calza la vista pidiendo explicación nuestros líderes políticos nos invitan a sesiones de circo y desfiles que exhiben su personalismo.

La campaña electoral va a ser eminentemente frustrante. Pasarelas de ferias en las que los candidatos intentarán vendernos elixires mágicos para el cutis cuando lo que nos duele son las arterias coronarias. Invitaciones a la ilusión que desemboca en

desengaño. Señuelos de pacotilla mientras crujen las cimbras de la confianza ciudadana. Vamos a ser sometidos a un vapuleo publicitario que no logrará desentumecer, sin embargo, los músculos del entusiasmo participativo. La izquierda se desplazará hacia el centro para realzar su rostro democrático mientras la derecha radicalizará sus contenidos populistas para disfrazar su textura goda.

Será un espectáculo en el que "el medio será el mensaje" adobado con verbalismos demagógicos, globitos de colores, banderas sin reclamo. Y nosotros, como en el cuento de Rómulo Gallegos "El Crepúsculo del Diablo", presenciaremos "el desfile carnavalesco y la turba vocinglera" de un modelo que ha llegado al ocaso.

IABRAN PASO!

El texto que transcribimos apareció el 17 de diciembre en EL DIARIO DE CARACAS. Se llama "El que mató a Gonzalo" y está firmado por Eduardo Casanova.

Diez días más tarde, el 27 de diciembre, Oscar Guaramato lo transcribió íntegro en EL NACIONAL "para que lo narrado no se olvide".

Lo transcribimos también nosotros, porque nos gustaría que nadie quedara indiferente ante hechos como éste que por desgracia se repiten, con protagonistas semejantes, demasiado a menudo. Y porque conocemos y estimamos a familiares de la víctima, amigos y colaboradores de la revista SIC.

"Dicen que lo vieron, que todo pasó demasiado rápido. Que la estrepitosa caravana acababa de seguir de largo cuando Gonzalo retomó el canal rápido de la autopista del Este, y de repente, una camioneta de la escolta presidencial, que se había quedado rezagada y trataba de alcanzar al resto de la exagerada parada, arremetió, a unos doscientos kilómetros por hora, contra la parte trasera del automóvil de Gonzalo, lo puso a volar, lo hizo estrellarse contra un taxi que venía por el canal contrario, y huyó sin ni siquiera tratar de averiguar qué había ocurrido.

El taxista murió en el acto, y Gonzalo quedó tendido en el pavimento, esperando a la muerte que le llegó quince días después, luego de sufrimientos inmensos para su familia y sus amigos. Entretanto, el que mató a Gonzalo sigue libre, protegido por las autoridades y por un sistema que cada día se hace más cómplice del empobrecimiento de Venezuela.

Las autoridades competentes reaccionaron de inmediato: aseguran que en el automóvil de Gonzalo no hay ningún golpe por detrás, sin decir nada amenazan a los testigos que, naturalmente, desaparecieron como por arte de magia. Y el que mató a Gonzalo sigue desayunándose, almorzando y comiendo tranquilamente, y hasta manejando, quizás en espera de que otro automóvil se le atra-

viese para mandarlo también al otro lado de la autopista y cargar con otros dos o tres a su cuenta.

Fue demasiado triste para los amigos de Gonzalo tener que acompañarlo al cementerio. Fue demasiado triste ver a sus padres, Luis Lander y Alice Larralde de Lander, y a sus hermanos y a sus hijos —dos mocitos que quizás no alcanzan a entender todavía lo que les ha ocurrido— llorar junto a la tumba que se cerraba para siempre. Fue demasiado triste darse cuenta de que había que renunciar para siempre a la risa de Gonzalo, que hizo de la amistad un culto. Fue demasiado triste entender que a uno de los hombres mejores de la actual Venezuela, se le arrebató un hijo porque la caravana es omnipotente, como si fuera la de un Emperador chino de esos que mataban a cualquier mortal que se atreviera a verlos. Y el que mató a Gonzalo no tiene que llorar a nadie. Pisó el acelerador, mató a dos portadores de cédula, y el sistema lo cuida y lo protege porque es nada menos que un escolta".

Está bien que el Presidente investigue y sancione a los responsables de las muertes en Tacoa. Pero no estaría de más que hiciera lo mismo con las de su propia escolta.